

Roberto no oyó lo que le decía ; se lanzó fuera de la sala como un loco, y desapareció.

El tío Germán cayó como desplomado en su sillón. Enriqueta estaba á sus pies casi desfallecida, y los dos escuchaban los agitados pasos de Roberto, que hacían retemblar el piso....

XV.

Roberto atravesó como un relámpago por el camino que conducía á la gendarmería: llamó, preguntó por el sargento, le contó en breves palabras que iba á entregarse, y que encontraría en el bosque de la Panouze una mujer á quien él había asesinado. El sargento escuchó al joven como quien escucha á un loco ; pero Roberto, enseñando sus manos manchadas de sangre, daba crédito á sus palabras, y entonces éste comprendió que había algo de verdad en aquello, y mandó meter á Roberto en un calabozo.

El sargento parecía consternado. Era amigo de Germán Burat, y había oído muchísimas veces elogiar á Roberto. Conocía el proyecto de casamiento, y estaba convidado á la boda. Le parecía que aquella narración no tenía razón de ser.

—Pero, ¡entendámonos! (preguntó á Roberto.) ¿De qué mujer se trata?

—¡De una parisién!....

—Comprendo. ¿Os asediaba?... ¡Oh! ¡Las mujeres!.... ¡Satanás debió de ser mujer!

Se informó luego del sitio en que podrían encontrar el cadáver, mandó á él gente con antorchas encendidas, y dió parte al juez. La mujer del sargento lo contó en seguida todo por el pueblo, y no se hablaba en él de otra cosa. Roberto, encerrado en una sala baja y pequeña, veía todo lo que pasaba en la casa. Llegó hasta él una voz de mujer que decía :

—¡Qué desgracia, Dios mío! ¡Pero con tal de que la procesión de mañana no se interrumpa!....

—¿Una procesión? ¿Qué procesión será esa?—se preguntaba maquinalmente Roberto.

No le habían puesto luz, y sentado en la obscuridad, escuchaba las vagas murmuraciones de los curiosos amontonados á la puerta de la prisión. En medio de la confusión y del ruido producido por la multitud, no podía oír nada claramente,

De repente, la puerta se abrió, y la luz que le presentaron le hizo cerrar los ojos por el momento.

Después vió un hombre de pequeña estatura, seguido de un anciano alto y seco, que era

el Juez de paz. El sargento los seguía con los papeles debajo del brazo.

—¿Qué me han dicho, señor Burat? (dijo el Juez con fría entonación.) ¿Habéis matado á una mujer?

—Sí, señor.

Roberto recordaba haber oído aquella voz y haber visto aquel hombre antes de ahora en las comidas que daba su tío. ¡Quién le había de decir que habría de ser su juez!...

—¿Cómo se llamaba esa mujer?

—René de Gèvres (dijo Roberto) Reflexionó un momento:

—René de Thévenin,—añadió.

Y como si aquella palabra hubiera iluminado su pasado:

—¡Ah, Dios mío! (dijo.) ¡Eso es horrible!

—¿Habéis dicho Thévenin?—dijo el Juez.

—¿Con *h* en medio?—dijo el hombre pequeño, que era el escribano.

—Con una *h* en medio,—afirmó Roberto.

—¿Y cuál fué el móvil que os indujo á cometer el crimen?... —empezó á interrogar el Juez.

—¡Pardiez! (interrumpió el sargento.) ¡Eso es bien fácil de adivinar!

—No respondáis por el acusado,—dijo el Juez de paz.

—¡Acusado!—pensó Roberto, moviendo la cabeza y deseando acelerar el proceso. El crimen, la declaración, la acusación y hasta la sentencia eran para él sinónimos. Hubiera deseado que el proceso, y por consiguiente el castigo, fueran tan momentáneos como en los desafíos, que se verifican inmediatamente después de la causa que los motiva. Contestaba sin explicar nada; pero sin ocultar nada. Habló, porque se lo rogaron. El Juez y el Escribano se retiraron en seguida. Al final, el Juez ya no le trataba como á un caballero, y ni siquiera le saludó al marcharse.

Roberto encontró un consuelo al quedarse solo frente á frente con su crimen, en la idea de que iba muy pronto á expiarlo, y de que la fatalidad lo había querido así. Achacaba al destino su crimen. Decía con amarga persuasión que su vida estaba escrita hacía largo tiempo con sangre. Evocaba los más sombríos recuerdos de su juventud; se acordaba de su padre, de su madre pálida en su ataúd forrado de azul; experimentaba una terrible alegría al respirar estas amarguras, pareciéndose en esto á los suicidas que se complacen en desgarrar sus heridas con las uñas.

Después, la idea de la fatalidad le absorbía por completo, impidiéndole pensar en todo lo que había perdido. En el amor de Enriqueta,

en el tío Germán, en los recuerdos de los ratos pasados al lado de personas tan queridas, en las alturas de Montretout, en esas dichas que embriagan al hombre, penetrando hasta sus venas. Y le impedía, sobre todo, pensar en el remordimiento. ¡Remordimiento! ¡Remordimiento! ¿Por qué había de tener remordimiento? La imagen de René se le aparecía amenazadora aún, pálida, silenciosa, sin piedad y sin corazón. Poco á poco el ruido de la calle fué extinguiéndose. Roberto sintió que alguien se paraba á la puerta de su habitación.

—Algún gendarme (pensó). ¡Estoy bien guardado!

Se había acostumbrado á la obscuridad, por lo que pudo ver un colchón que había en el cuarto, y se acostó en él; pero sus miembros estaban fatigados, y no podía dormir. La fiebre le consumía, haciéndole sufrir horriblemente; se revolvía en la cama, deseando que amaneciera. ¡Ah! ¡El día! ¡La luz del día! ¡qué deseos tenía de verla! La obscuridad no le asustaba, pero le hacía parecer largas las horas. Cuando la luz de la aurora penetró por una ventanilla que tenía el cuarto, cerca del techo, experimentó una alegría y una sensación de tranquilidad inexplicables; se revistió de paciencia, y esperó. Experimentaba una sen-

sación inexplicable, pero profunda, que le molestaba.

—¿Qué tengo?

Cuando pudo contestarse él mismo á esta pregunta, dió un grito de cólera.

—¡Miserable humanidad! ¡Tengo hambre!

Perono quiso llamar. Cuando fué de día claro, su guardián abrió la puerta, que cerró tras sí. Poco después entró el sargento Moulin, con aspecto muy sombrío, y despidió al guardián.

—El cadáver se ha encontrado (dijo); se os va á presentar en seguida.

—¡Cómo!—dijo Roberto enderezándose.

No había pensado en el terrible acto de la confrontación. ¡Ver á René frente á frente! ¡Á René muerta! ¡René asesinada por él!....

—¿Es preciso eso? ¿No se puede prescindir de esa confrontación?

—Es indispensable.

—Pero, puesto que yo confieso....

—¿Acaso no pudiera uno equivocarse?—dijo el sargento.

—¡Eso podría suceder con otro cadáver; pero si no hay más que ese!....

El sargento le volvió la espalda, y se fué. Roberto le llamó.

—Tengo hambre,—le dijo bruscamente.

—¡Imbécil de mí!.... (exclamó el sargento.)
Olvidaba....

Roberto comió, oyendo fuera de la prisión un ruido que, como una marejada, crecía cada vez más.

—¿Qué pasa en la calle?—se preguntó.

Bien pronto lo supo: era que trasladaban el cuerpo de René desde la alcaldía hasta la prisión. Tembló de una manera horrible cuando le previnieron que el cadáver estaba allí.

El sargento le vió palidecer; y como le flaqueaban las piernas, le dió el brazo.

Roberto se avergonzó; hizo con la cabeza un signo de agradecimiento, ahogó la emoción que le embargaba, y echó á andar con paso firme. Le condujeron entre dos gendarmes á una especie de antesala de la habitación inmediata. Oyó un ruido de pasos y de voces, que hacían notar que andaban de un lado para otro. Se fijó en la puerta, adivinando que el cadáver estaría tras de ella; se levantó instintivamente, dió algunos pasos, y vió el cuerpo de René sobre unas angarillas. Creía que iba á experimentar en aquel momento una violenta emoción; pero no vaciló, y, adelantándose hacia la muerta, se paró y fijó en ella su mirada.

Estaba lívida, rojiza; con los brazos cruzados y el rostro contraído, causaba horror. Tenía el pelo suelto (aquel hermoso pelo rubio, que ocultaba ahora su pecho y sus heridas), conservando aún una sonrisa crispada, llena

de ese dulce encanto y altivez á la par que ella tenía. No le habían cerrado los ojos, que hacían espantosa aquella muerta fisonomía. Aquellos ojos alargados por la muerte, llenos de sangre cuajada, parecían amenazar aún. Aquel color siniestro, producido por la sangre, los pliegues de su ropa manchados y pegados al cuerpo frío, las manos cruzadas, aquellas preciosas manos que parecían de mármol por la falta de sangre, ponían fuera de sí á Roberto. La miraba, fijándose en aquellos cabellos que él había acariciado algún tiempo antes, en aquellos preciosos dedos que él había enlazado con los suyos varias veces, en aquellos labios, morados ahora, y que habían enrojecido bajo sus besos y caricias muchas veces. Pensando en todo esto, un terrible suspiro subió á su garganta, pareciendo ahogarle. Todo el pasado se presentaba irónicamente á su vista.... Se dejó caer sobre una silla. ¡Iba á llorar, á gritar, á doblegarse bajo el horrible peso de su desgracia!... Las miradas de los concurrentes, fijas todas en él, le contuvieron. Su orgullo combatió su dolor; hizo un esfuerzo, y se venció á sí mismo. Una sola lágrima, abrasadora y amarga, se deslizó de sus ojos y corrió por sus mejillas, yendo á caer sobre la helada mano de René.

Después levantó la cabeza, y esperó. Le

preguntaron si aquel cadáver era el de René de Thévenin.

—Sí,—contestó.

Le volvieron á preguntar si había sido él quien había asesinado á aquella mujer.

—¡Yo he sido!

Le presentaron el cuchillo encontrado en el bosque cerca del cadáver.

—Es el mío,—dijo.

El Juez hizo un gesto, que quería decir: «El negocio está bien claro.»

Condujeron á Roberto á su prisión. ¡Aquella fisonomía ensangrentada se le quedó tan presente, que la veía, á pesar suyo, delante de él! Se arrojó sobre el colchón; le habían abierto la ventana, y el viento fresco que acariciaba su frente calmaba un tanto su calentura. Oyó que las campanas tocaban á vuelo sin cesar. Aquel ruido le irritaba. Después oyó en la calle canciones y voces de niños. Le parecía que aquellas voces le aliviaban. Se subió sobre una silla; se acercó cuanto pudo á la ventana, y miró.

Pasaba por la calle con mucha majestad una procesión, con los individuos que la formaban vestidos de blanco. Eran niños, que llevaban estandartes bordados, coronas de raso en la mano, y que iban adornados con alas de cartón y de papel dorado, desfilando y cantan-

do con armonía y arrogancia. En medio iba un niño medio desnudo, vestido á lo San Juan Bautista, con una piel de oveja sobre su bracito blanco, sosteniendo una cruz de cartón en una mano, y llevando de la otra una cinta, á cuyo extremo iba atado un corderito blanco. Á cada paso, el corderito se paraba á pacer la hierba que había en el camino, y el pequeñito *San Juan* tiraba por la cinta. Iba un sacerdote con capa pluvial, y detrás de él muchos niños vestidos de encarnado, arrojando flores.

Roberto notó que los niños y el cura levantaban la cabeza hacia su ventana; quizá pretendían verle. Se bajó de la silla, y se acurrucó en un extremo del colchón.

—¿Qué fiesta será esa? ¿Qué pasa en Montreal?

De pronto se acordó el desgraciado de la fiesta del Señor, á que en su infancia asistió muchas veces, en aquellos días llenos de alegría y de dicha para él.

—¡Es la fiesta de Dios!—dijo: y palideció.

¡El 15 de Junio! Él había nacido precisamente el 15 de Junio; cumplía aquel día veintiocho años. Se estremeció, dibujándose en sus labios una siniestra sonrisa.

—¡Ya no volveré á ver esa procesión!

Y, lo que es más doloroso aún: ¡veintiocho años! Cuando está la vida en el apogeo que da

la fuerza, el valor y la esperanza del porvenir. Pero, ¿para qué recordar esto? Es preciso no pensar más en ello. Un golpe de cuchilla separa la cabeza del tronco, matando todas estas esperanzas.

—¡Yo lo he querido! —pensó.

Luego se acordó de Thévenin, que le señalaba gravemente los escollos, enseñándole el camino exento de las espinas y abrojos de las pasiones insensatas.

¿Pero de qué sirven los consejos cuando no se aprovechan?

Luego, sumergiéndose en otros pensamientos, en los proyectos de otras veces, en los sueños dorados del progreso, de la reforma, de la dicha, de la luz y del bienestar de todos, que es la libertad, se decía:

—¡Ah, aquellos hermosos sueños!... ¿Por qué los había descuidado y olvidado? ¿Por qué se había atravesado aquel amor fatal, echando por tierra todos sus grandiosos proyectos?

Thévenin (pensaba) continuará la obra, la hará solo; ¡bien lo merece! Yo me había apoderado de todo, de su honra y de su gloria. La suerte se lo devuelve todo. La Providencia es muy justa. No quería pensar en Enriqueta; le parecía que esto no era más que un sueño, una gota de néctar en su vida de amargura, una aparición desvanecida. Quería conservar este

recuerdo para el momento en que más necesario le fuera el valor. Su sonrisa le daría fuerzas para arrostrar la muerte con energía. Ahora deseaba hacer más amargos aún de lo que eran todos sus recuerdos. Así es que se reprochaba su pasado, su pasión, y maldecía el impuro amor que le había llevado al trance en que ahora se veía.

—Ella me devolvía traición por generosidad, ironía por confianza y desesperación por sacrificio. ¡Cuántas lágrimas y gotas de sangre ha hecho derramar, y á cuántos tormentos se ha hecho acreedora cuando rinda cuentas al Supremo Hacedor! ¡Quién hubiera creído encontrar una hiena bajo el aspecto de un ángel!

Después, calmándose:

—Debía haberlo adivinado (se decía). Thévenin me había dicho que en ese corazón podrido no podría germinar sino un amor gangrenado. No he sido su amante; he sido su presa. Su hipocresía había cautivado mi franqueza. Su amor propio se había exacerbado con mis desdenes. Si hubieran seguido mi crimen paso á paso, lo hubieran visto nacer en nuestra primera sonrisa y crecer entre nuestros amorosos desvaríos. Quería apoderarse de mí en cuerpo y alma; me entregué, y sin temblar ha preferido morir, porque sabía que me arrastraba tras sí. Implacable, me ha enlazado, cautivado,

ahogado en la lógica de su estúpido amor.

De pronto cruzó una idea por su mente.

—¡Tortura insensata!...

Olvidó todos los demás pensamientos : «¡Thévenin!» Pensó en aquel hombre á quien debía tanto..., y bajando la cabeza se decía:

—¡Me perdonará!...

XVI.

Comunicaron á Roberto que le iban á trasladar de Montravel. Se preparó para el caso, y esperó tranquilo. El tío Germán había logrado el favor de que no le condujeran á pie, según costumbre. Un carruaje esperaba á la puerta de la prisión. Rodeaba al coche una multitud curiosa, que ansiaba no perder ni el menor detalle de la salida del reo. Esta multitud abrió paso para que Roberto subiera al carruaje; pasó por medio de ella sin inmutarse ni fijar la atención en el grupo que la formaba. Gran parte de ésta le compadecía, y otra parte le condenaba. Se dejó caer como abrumado en un rincón del coche. Los gendarmes se sentaron á su lado. El carruaje echó á andar, y Roberto miró maquinalmente el camino que seguían.

Nunca le había parecido Montravel tan encantador como ahora. Por el trayecto fué admirando aquellas negras murallas, con las insignias y escudos de armas casi deshechos. Aquellas calles llenas de hierba, y en algunos sitios de musgo, parecían hablarle y recordarle algo de sus buenos tiempos. Se imaginaba aún en su infancia, en medio de aquellos recuerdos que no habían cambiado en nada, y, sin embargo, ¡qué cambio tan grande había sufrido él!... El carruaje producía gran ruido sobre el pavimento desigual y por las muchas piedras sueltas que se encontraban en el camino, y que conmovían hasta los cristales del coche. De cuando en cuando veía abrirse alguna ventana, y asomar por ella jóvenes picadas por la curiosidad del ruido del carruaje. Roberto se encontró más consolado y tranquilo al respirar el aire del campo, aunque el panorama que se presentaba á su vista entristecía su corazón. Á su lado, los gendarmes, cansados, dormitaban, de modo que Roberto estaba en libertad de soñar, pensar y llorar, si las lágrimas hubieran podido venir á sus ojos. El campo estaba admirable, los árboles se mecían suavemente con la brisa matinal. Los gorriones picaban alegremente el trigo. Al través de los vapores de la mañana, se veía claramente el humo de las casas de campo, for-